

punto de congregación forzosa de los fieles que, en clásica romería, al sagrado a la par que bello recinto, iban.

De las paredes arrancaban flamíferas venas cinceladas en roca, que remataban en el abovedado techo, en un arabesco calado, a cuyo través, veíase el azul del cielo, intensamente azul, cual es este bello cielo extremeño, cortado en primorosos cuadros, que a través de lo que quedaba de la bella construcción de otro tiempo, se dibujaba; habían desaparecido los ladrillos que formaban la bóveda apoyada sobre tan sólida construcción; con ellos fueron sustraídas las tejas que cubriera el sagrado lugar; e hicieron más, picaron y destruyeron una pintura mural que, deslustrada ya, recuerdo viera en mis juveniles años.

Ante tanto desastre y tanta expoliación, entráronme fervientes deseos de arrodillarme sobre aquellos despojos de pasadas grandezas, y elevando, a través del arabesco calado, mi mirada al Cielo, pedir a Dios clemencia y perdón, para los que, con su vesania, destruyeron tanta belleza y pulverizaron tan hermoso pasado.

* * *

El Sol, al declinar sobre Occidente, iba ya emitiendo muy horizontalmente sus rayos, para perderse, al fin, entre las lejanas cumbres, e ir a dar calor, luz y alegría a nuestros antípodas.

Y mientras regresaba sobre el abandonado camino, a mi mente surgieron ideas en tropel, que se amontonaban en mi magín, de las que pujante descollaba sobre las demás, el abandono actual de la pintoresca ermita, y del camino que hasta ella conduce.

Y, como los escritos todos deben tener una beneficiosa finalidad, que constituye su esencia y razón de ser, sin los que nada práctico se conseguiría; tiende éste a elevar una súplica a las Autoridades todas para que, comprobado lo aquí expuesto, haga posible la reconstrucción de mencionada ermita, como antes estuviera; ya que, en mi modesta opinión, entra de lleno, por su belleza, en la clasificación de Monumento Nacional; y la reconstrucción, también del pintoresco camino, verdadera senda turística.

Y de esta forma, ante el Mundo, demostraríamos que Extremadura, dejando de ser la Cenicienta española, borró el estigma de las Hurdes, y reconstruyendo sus bellezas ancestrales, háse convertido en el jardín de España, entre cuyas bellezas encierra tesoros legendarios.

GENARO TEOMIRO

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

EL AMADO

(FRAGMENTO)

En pos de su inefable señorío,
De místico embeleso prisionero,
Camino por el monte y la espesura,
Que nadie me dispute ser primero
En dar con su hermosura.

Decidme, dulces brisas,
De flores perfumadas,
¿Sentisteis del Amado
Sobre la blanda yerba las pisadas?
¡Oh río deleitoso,
En mórbidos meandros ondulado
Y espejo de tus márgenes floridas,
En el puro caudal resplandeciente
De tus aguas dormidas,
Pues es tu andar tan corto y leve el viento
Que apenas se percibe el movimiento,
Su carne lacerada,
De inulta grey hollada
E imagen viva del dolor humano,
¿No intentó mitigar su fuego en vano?

Con suavidad camina
Por el templado monte y la ribera
Y todo se ilumina
De su luz placentera:
Su desceñida túnica de lino,
Las hierbas del camino,
El virginal aljófár de los prados,
El soto, la cañada,
De mirto y de verdor engalanada.

¡Oh cercados amenos,
Risueños valles de delicias llenos!

El viento rumoroso,
Del Sur hálito ardiente,
Que mil olores roba al bosque umbroso.
Al paso del Amado,
Con impulso callado,
Las hojas de los árboles menean,
Mientras la luz febea,
Cual oro por su mano derramado,
con su fulgor las viste y hermosea.

Decidme, labrantines y pastores,
¿No visteis al Amor de los Amores?

¿No bajó de la cumbre a la pradera
Llevando tras de Sí la primavera
Y prendido en la fimbria primorosa
De su túnica alada
El albo lirio y la purpúrea rosa?
¿De mortal palidez la faz cubierta
Y en el rojo costado
Profunda llaga de rubí encendida
Como cáliz sagrado
De generosa sangre bien colmado?

Yo le ví desclavarse del madero
Que en símbolo de Fe se transfigura
Sobre el rústico altar del santuario;
Atravesar el pórtico severo
Celandos con la ropa del Calvario
La casta desnudez de su hermosura,
Y al lívido claror del nuevo día,
Cuando aun la noche con la luz porfía,
Desparecer del campo en la bravura.

Decidme, ruseñores,
¿No visteis al Amor de los Amores?

El viento vagaroso
De trinos de las aves asordado,
Se huelga cadencioso
Sobre el río, en el bosque y el collado;

La linfa cristalina,
Undísona y reptante
Se ciñe a la colina
Cual esplendente cingulo de plata,
Y en jubiloso cántico sonoro
La alondra se desata.
Y halagado el sentido
De aqueste acorde canto
E innúmera belleza
Que del Criador proclaman la grandeza,
Huyendo van del alma los pesares,
Pues no hay dolor ni llanto
Que sobrevivan a tan dulce encanto.

¡Oh valles deliciosos
De enracimados frutos olorosos
Y rústicas colmenas
De miel sus celdas llenas!
¡Oh entretejida hiedra trepadora
Que presta su frescor y lozanía
Al viejo tronco de la selva umbría,
Y no aprendida música sonora
Del ave que pipía
En cuanto luce su arrebol la aurora!
¡Oh semioculto cauce! ¡Rayo ardiente:
Tan solo al borde llega
Y templado su ardor en la corriente
Al éter torna y en su mar navega!
Si le visteis pasar a vuestro lado,
El alma atribulada,
De agudos dardos mil atravesada,
Decidme presurosos por do ha ido,
Que de su luz herido
Y al dulce yugo atado
Del célico poder de su ternura,
Como buscan las aves blando nido
O la ensenada el barco en su derrota,
Así mi corazón busca al Amado:
¡Puerto feliz de mi barquilla rota!

PEDRO ROMERO MENDOZA